El apocalipsis

La calle donde vive Villalonga es un poco triste. Amplios portales a cada lado, con sus anchas y austeras escaleras a la cisterna, las plantas de hoyas verdes y alargadas. Son las casas señoriales de Palma, de una encantadora cuadra. En los muros aún están las barras en donde de abajo a los caballos. Ése es el barrio de la Sociedad, el barrio color ocre y silencioso. Las barracas en donde se amenizan turistas sudorosos e históricos quedan lejos. Aquí solo el silencio, un clavón que crece la plaza del Ayuntamiento o el lento compás de un caballo. Destrás está el barrio de los escritores, los judíos conversos de Mallorca, que, según la esposa de Llorenç Villalonga, son muy devotos: tenemos la misma parroquia que ellos, Santa Eulalia, y por eso lo sabemos. Las beatas y los curas con sombrero cruzan la plaza de la Almudaina y los escuetos, los veíos, que buscan extrañeras desajustadas, se tumban en las playas de la bahía de Palma. Las campañas de la Sociedad interrumpen la comodidad de la siesta. Es mediodía.

Llorenç Villalonga me recibe en su sala oscura, cerca de una mesa con una bandeja de plata llena de tarjetas. Me mira con la boca entreabierta, los ojos inquiétos y su boca abierta. Pa-samos a otra sala que da a un patio sin sol y lleno de plantas verdes. El escritor, mirado de frente, tiene un rostro alargado, aristocrático. Pero su perfil es demasiado agridulce y cortante. Se habla en y los ademanes distantes, fríos, elegantes. La conversación se deslina en medio 1900, entre matías, sugerencias, entre la irrealidad y la amabilidad. Su mujer, sentada en un amplio sillón frente a una mesa cubierta, bor- da un pequeño pañuelo mientras sigue el diálogo. La tarde desaparece con lentitud.

—Sé que para usted, señor Villalonga, el mundo ya no tiene explicación racion.

—Está en lo cierto. El mundo ya no tiene explicación racional. El mundo es un absurdo. Esa civilización racionalista mecánica, industrial, se va al abajo. En cierta manera, he seguido lo que esos jóvenes que a mí no me son simpáticos, los hippies...

—Por qué no le son simpáticos?

—No lo sé. Pero reconozco que tienen razón de ser como son. Ellos se oponen a la sociedad de consumo, que está mal dicha, porque toda sociedad es de consumo, pero es que la nuestra es archiconsumista, es una exageración. Tienen razón ellos en reacia-

rior contra esa sociedad materializada que dice una cosa y hace otra. Por ejemplo, con las guerras: al final del siglo diecinueve, Víctor Hugo escribió un prólogo para el catálogo de la Exposición de Paris con que decía que la civilización había llegado a su nivel más alto, y que en el siglo diecinueve ya no habría más guerras.

—Muy profético.

—Era un profeta que se equivocaba. La invasión, cuando no es cierta, es maravillosa, pero cuando no lo adivina. Por ejemplo, Hitler decía que ganaría la guerra. Estaba seguro de ello...

—Ahora que ha citado a Hitler, ¿le preocupan esos brotes de neonazismo que surgen en Europa?

—Sí, porque con otro nombre me da la impresión de que vendrán. Se puede malinterpretar nombres, pero no las esencias.

—Recuerda en La mortaja mágica aquella conversación entre Nafta y Septembrini. Septembrini es un hombre liberal simpático. Nafta es escurridizo, tético. Nafta dice que el progreso técnico no llevará al liberalismo, sino al terror. En efecto, el terror de la bomba atómica, del fascismo, de Hitler que había tirado la bomba sí la habría tenido. Y ya llegarán un día en que todo acabará con la bomba. Yo le decía eso a un amigo mío y él me contestó que no la tirarían porque sería una locura. Y bien, ¿es que no hay locos?

—Sí, es un poco de ello: están tirando rapazos a campamentos de refugiados palestinos y luego lo de Vietnam...

—Y, si se habla mucho de la terrible Estado Media y ahora se repite.

Villalonga me enseña su despacho, oscuro y frío. Al lado de un crujitín, un retrato suyo en que parece un místico, las ma-

nes alargadas, como si orasen. Subimos al cuarto, de anchas habi-

taciones, blanduas y libras de luz, que contrastan con la pe-

nombra de los salones de la planta principal y con la humedad de

los pisos inferiores. El desván está orientado hacia el mediodía y casi siempre da el sol al alba. Silencio por encima de las azoteas de las casas señoriales y las cuadras de la Sociedad. Veo ropa blanca entrevidada. Un gato negro desapa-

rece entre sombras. El sol se aleja del mar, de la muralla zul-

ada, estética y brillante, como un cuadro expresionista. Teresa Gelabert me señala por los tejados las casas de gente conocida. Me relata historias del vecindario, mientras Villalonga se sienta frente a una mesa austera, con un retrato del arruinado barón de Kossietzky. Ropa su manito aristocrata en el respaldo de una silla. Sus ojos se alejan. Nos miran, ausentes.

—Recuerda su famosa idea de que el pez se muere de la cola, que tanto ha repetido en sus li-

bro; aquello de El miembro:

—Los más avanzados son los más ca-

nerveros...—Bien, esto es una teoría metafísica. No sé si llega, en fin...

—¿Quieres decir que habrá una desdoblación total, cósmica, y que el mundo ya no tiene explicación racional?

—Eso me parece Chester, que hoy no es muy de moda, difí-

le que el respeto a la cultura ha sido siempre una práctica común. Una civilización que está cerrada se ha acabado y que va a emer-

zar. De manera que no será raro que después de tirar la bom-

ba atómica y que no se quede nada, sobre todo en los países con-

cual, que serán los que más sufrirán... se salvarán algunas aldeas de las Islas del Pacífico y vendrán a la Edad de Piedra. Todas nuestras culturas se perderán.

—Volviendo a los hippies, ¿no
Hansueli Mundorff

El mundo, hoy, ya no tiene explicación racional.

**MONTSERRAT ROIG**

creo que están fracasando y desapareciendo?
—Sí. Ellos quisieran hacer una especie de paraíso terrenal. Su intención es muy buena. Como lo fue la de Rousseau, que también fracasó. Ahora todo el mundo habla de la ecología y se hacen congresos contra la contaminación de la atmósfera. En este congreso que se hizo en Viena hace tres o cuatro años se dijeron cosas muy bien dichas, pero luego todo acabó con un balde y con una ópera muy hermosa en el teatro de la Ópera, de Viena. Pero la atmósfera cada día está más contaminada.

En otra habitación, el del centro, entre amantes de tender la ropa, están unas sillas y un tronco oxidado. Villalonga le he

cho deporte durante buena parte de su vida. Pienso en El matador, donde uno de los protagonistas escamaba que no hay nada comparable al deporte, ni las mujeres. Es la metáfora del peligro, del riesgo personal, el asalto de aventura que encumbró a toda una generación que soñó un día —pero de varias maneras— en un mundo más fuerte, más seguro de sí mismo. Es la idea del peligro que Villalonga ha tratado en obras tan diversas como Beaux. El Angel Rebelde. Fallos, mentiras, Le salon capricieuses, La princesa de las muchachas, etc., es la idealización del circo. Es la figura de San Sebastián, el símbolo en que ansiaba reflejarse Aschenbach de Muerte en Venecia. Recuerda, mientras me paseo con Villalonga por entre sus bailes repletos de libros llenos de palo, entre sus retratos amarillentos y las cuerdas de las artes hay presencia de la que el escritor escribió un día: «El héroe, sin embargo, es bellu, es una fuerza de la creación».

Bajamos a los salones escénicos por una empinada escalera con escaleras. Mientras, su esposa me cuenta que sus muertos es un «dragón de aguaje», y que le escuchaba de pequeño escuchar en el desván con su hermano Miguel. Cogemos galletas marrones y bebemos vino dulce de Brittau. Un silencioso gato negro reposa sobre las redondas de Villalonga. Nos cuentan que el gato no soporta las visitas madejeadas, las que habían fuerte y hacen mucho ruido.

—Oponer a la industria del automóvil la filosofía del hippy es utópico, ¿no?

—Sí, se lo que fuerza pueden tener. Por casualidad, ¿no les gustaría a ellos poseer su automóvil? Es difícil lo que ellos quieren. Para ser hippy hay que estar en el mundo, y la juventud pasa muy prisa.

—¿Qué piensa de las teorías políticas que intentan transformar el mundo en el que se vive?

—Eso sería el único salto posible. Lo he escrito varias veces. Y no es que simpatice con el socialismo, que quiero mi justificación como persona.

—¿Por qué?

—Por qué no. He dicho varias veces. Lo he escrito varias veces, lo he escrito varias veces. Lo he escrito varias veces...

La mesa familiar. A la izquierda, la esposa del escritor.
LLORENC VILLALONGA:

Alía y al cabo, como don Toril de Beari, cree que todas las ideas son susceptibles de infinitas posibilidades de interpretación. Como lo es esta entrevista, que, según Villalonga, yo puedo darle un toque, y seguramente también su contraria.

**El escepticismo de un viejo liberal**

—¿Usted es aún el esceptico del mundo literario de Beari?
—¿Eso cree que es lo que se entiende por esceptico?
—En su opinión, el mundo no tiene remedio. Creo que no lo ha tenido nunca, desde luego.
—No tiene remedio.
—En este mundo, no. El otro supongo que será mejor. Pero eso podría ser una suposición gratuita.

—¿Es más religioso que antes?
—Sí.
—¿Por qué?
—Porque es más un cristiano que antes.
—¿Y menos católico?
—No lo sé. Tengo un amigo que no es tal, que es más protestante que otros, pero no lo sé. Es más un cristiano que antes.
—¿Cristiano, no católico?
—Sí.
—¿Usted cree en Dios?
—Sí. Creo que, en el mismo sentido.
—¿Y en la religión?
—Sí.
—¿En la mujer?
—Sí.
—¿En la familia?
—Sí.
—¿En la sociedad?
—Sí.
—¿En el estado?
—Sí.
—¿En el mundo?
—Sí.
—¿En el universo?
—Sí.
—¿En la vida?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En la mente?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
—¿En el alma?
—Sí.
—¿En el corazón?
—Sí.
—¿En el cuerpo?
—Sí.
—¿En el espíritu?
—Sí.
pueden ir las personas decentes. Su versión era pequeña, simple, entrecorta.

—¿Cómo ve la sociedad malor- quina actual?
—Hoy no la veo de ninguna manera. Se está muy separada. Está en un período de transformación. Aunque todos lo ven y no se da cuenta hasta que han pasado.

—Se mantiene la sociedad rural malorquina?
—En ámbitos muy cerdos; no sé qué decir. La agricultura económicamente es una rica, y muchas casas de este barrio que son como palacios, viviendo sus tierras y hoy no saben cómo mantenerse.

—Y esa gente ha hecho negocio con el turismo?
—Muchos están de él. Una familia muy rica, muy bien empañada históricamente, tiene dos hoteles.

—No pone su nombre, que aquí todos nos conocemos —me dice su esposa.
—La historia y la «chafarria» vienen a ser lo mismo.
—¿De qué viven ustedes?
—No se ríen los dos. No lo sabemos. Pero en fin, vivimos.

—¿Qué de la literatura?
—De la literatura seguro que no —añade su mãe. —Además de esta una, incluso de una de ellas.

—¿La gente vive en El misterio? Cuando uno de sus personajes dice que el hombre es más capaz de velar la belleza física masculina que la mujer, ¿es que sería uno de sus personajes? ¿Es que es una cosa la belleza y otra el deseo sexual? Lo cual es un poco misterioso.

—Sí, eso es. Y después de eso. Sí, no lo creo. Pero lo menos literalmente, Pinedo en Miseria, cordela de Pérez Galdós. La protagonista es la criada, que pide limosna para mantener a su se- ñora, la desgraciada de Guzmán, de una gran riqueza, que tiene mucho amor, pero a la que aún le tiene más amor que a su criada. Franciscita.

—Yo veo que esta es una persona que ve el mundo, que ve el mundo en su forma. En la Miseria, no es cierto, César Lázaro, de El misterio, es un aristócrata por derecho propio, no por abandono. Fama también con los animales. Y tenia una pena que no podía ser tan bella, que era hija de siete padres, y en cambio era magnífica.

—¿Qué prefiere en una persona, la clase, la inteligencia o la bondad?
—El linaje es lo que la gente quiere tener. No, no es nada. La inteligencia es lo más agradable; con una inteligente se puede conversar. La bondad, no. La bondad, no. El linaje es lo que la gente quiere tener. No lo sólo, sino que la gente sabe lo que es. Pobreza de espíritu, simple o algo maravilloso.

El mundo mítico de «Bearn»

Al cabo de dos días vamos a Bisinti (sic) con el matrimonio Villalonga; en su casa, un cachorro de perro, un hueso roto, un perro, una escena de matrícula doce mil y cinco asientos detrás. Unos cri- tiques separa el compartimiento del chófer. Teresa Gómez no quiere un cachorro sin criados. Por su alta puede un cachorro más. Para subirse en el hay dos escalones, y una vez dentro de la impresión de entró, y detrás. Mientras hayan por Palma, una gata de gatto, un gato, un perro, un perro, un perro, un perro, un perro, uno de ellos. Hoy a los siete años no va la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa.

—Creo que en Muerte en Ven- 

cedia, Aschenbach veía que en- 

morcera de la madre, de Silvina Navarro, y de no. Tan. En mi juventud tuve grandes amistades con amigos, pero nunca me hubiera ocurrido, hablando cruel- mente, que uno de ellos. Yo a los siete años no ve la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa.

—¿Qué de la literatura?
—De la literatura seguro que no —añade su mãe. —Además, de la manera en que se ve, de la manera en que se ve, de la manera en que se ve.

—¿La gente vive en El misterio? Cuando uno de sus personajes dice que el hombre es más capaz de velar la belleza física masculina que la mujer, ¿es que sería uno de sus personajes? ¿Es que es una cosa la belleza y otra el deseo sexual? Lo cual es un poco misterioso.

—Sí, eso es. Y después de eso. Sí, no lo creo. Pero lo menos literalmente, Pinedo en Miseria, cordela de Pérez Galdós. La protagonista es la criada, que pide limosna para mantener a su se- ñora, la desgraciada de Guzmán, de una gran riqueza, que tiene mucho amor, pero a la que aún le tiene más amor que a su criada. Franciscita.

—Yo veo que esta es una persona que ve el mundo, que ve el mundo en su forma. En la Miseria, no es cierto, César Lázaro, de El misterio, es un aristócrata por derecho propio, no por abandono. Fama también con los animales. Y tenia una pena que no podía ser tan bella, que era hija de siete padres, y en cambio era magnífica.

—¿Qué prefiere en una persona, la clase, la inteligencia o la bondad?
—El linaje es lo que la gente quiere tener. No, no es nada. La inteligencia es lo más agradable; con una inteligente se puede conversar. La bondad, no. La bondad, no. El linaje es lo que la gente quiere tener. No lo sólo, sino que la gente sabe lo que es. Pobreza de espíritu, simple o algo maravilloso.

El mundo mítico de «Bearn»

Al cabo de dos días vamos a Bisinti con el matrimonio Villalonga; en su casa, un cachorro de perro, un hueso roto, un perro, una escena de matrícula doce mil y cinco asientos detrás. Unos cri- tiques separa el compartimiento del chófer. Teresa Gómez no quiere un cachorro sin criados. Por su alta puede un cachorro más. Para subirse en el hay dos escalones, y una vez dentro de la impresión de entró, y detrás. Mientras hayan por Palma, una gata de gatto, un gato, un perro, un perro, un perro, un perro, uno de ellos. Hoy a los siete años no ve la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa.

—Creo que en Muerte en Ven- 

cedia, Aschenbach veía que en-

morcera de la madre, de Silvina Navarro, y de no. Tan. En mi juventud tuve grandes amistades con amigos, pero nunca me hubiera ocurrido, hablando cruelmente, que uno de ellos. Yo a los siete años no ve la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa, la bolsa.

—¿Qué de la literatura?
—De la literatura seguro que no —añade su mãe. —Además, de la manera en que se ve, de la manera en que se ve, de la manera en que se ve.

—¿La gente vive en El misterio? Cuando uno de sus personajes dice que el hombre es más capaz de velar la belleza física masculina que la mujer, ¿es que sería uno de sus personajes? ¿Es que es una cosa la belleza y otra el deseo sexual? Lo cual es un poco misterioso.

—Sí, eso es. Y después de eso. Sí, no lo creo. Pero lo menos literalmente, Pinedo en Miseria, cordela de Pérez Galdós. La protagonista es la criada, que pide limosna para mantener a su se- ñora, la desgraciada de Guzmán, de una gran riqueza, que tiene mucho amor, pero a la que aún le tiene más amor que a su criada. Franciscita.

—Yo veo que esta es una persona que ve el mundo, que ve el mundo en su forma. En la Miseria, no es cierto, César Lázaro, de El misterio, es un aristócrata por derecho propio, no por abandono. Fama también con los animales. Y tenia una pena que no podía ser tan bella, que era hija de siete padres, y en cambio era magnífica.

—¿Qué prefiere en una persona, la clase, la inteligencia o la bondad?
—El linaje es lo que la gente quiere tener. No, no es nada. La inteligencia es lo más agradable; con una inteligente se puede conversar. La bondad, no. La bondad, no. El linaje es lo que la gente quiere tener. No lo sólo, sino que la gente sabe lo que es. Pobreza de espíritu, simple o algo maravilloso.
LA JIRAFÁ PIVOT

XVIII Campeonato de Europa de Baloncesto
BARCELONA-BADALONA 1973

Del 27 de septiembre al 5 de octubre próximo se celebrarán en Barcelona y Badalona los XVIII Campeonatos de Europa de Baloncesto, con la participación de los siguientes países: URSS, Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Israel, Turquía, Yugoslavia, Italia, Bulgaria, Francia, Grecia y España. Estos equipos se dividirán en dos grupos, los seis primeros celebrarán las fases preliminares en el Palacio del Juzgado de Badalona, y los seis restantes, en el Palacio Municipal de los Deportes de Barcelona. Los finales del Campeonato Europeo se celebrarán en Barcelona, en el Palacio Municipal de los Deportes. La mascota del Eurobasket '73 es la Jirafa Pivot, que precisamente por ser el animal más alto, simboliza perfectamente al jugador de baloncesto.

Partien como favoritos, y por tanto, son cabezas de serie de sus respectivos grupos, las selecciones de la URSS y Yugoslavia. Palabras de don Juan Gich, delegado nacional de Educación Física y Deportes, relacionados con el XVIII Campeonato de Europa de Baloncesto, que se celebrará en Barcelona y Badalona de los días 27 de septiembre al 5 de octubre próximo:

"He vivido de corto y lo compartido en estas pasadas semanas con los miembros del Comité Organizador y con la Federación Española, los fallos de la vida. Hemos preparado un programa que pueda acoger a las personas que lo deseen. Ya hemos arrancado la lucha y estamos seguros que el éxito en el desarrollo del torneo estará acorde con las tendencias en la misma forma en que lo están la ilusión y la capacidad de cuantos han intervenido o intervienen en ello. Sólo me queda saluda: cordial y alegremente a cuantos van a participar en este gran certamen deportivo, deseo a nuestros híspedes que su estancia entre nosotros resulte agradable, y que la amistad deportiva prevalezca sobre todo lo demás."

De la idílica guerra civil

- Un periodista, no sé cómo, pero me acuerdo que me contó que, cuando él era periodista, le acusaban una vez de reaccionario. ¿Qué le pareció a usted?—Pense que tanto como él y él me contará a mí. Pues sólo me queda felicitarle a usted por su trabajo. La verdad es que, en mi opinión, el periodismo es una de las formas más antiguas de comunicación, y la historia ha demostrado que es un medio eficaz para transmitir ideas y opiniones."

¿A usted qué le importa? No me tengo por reaccionario, porque tengo confianza. Soponando que a mí me guste mucho en el siglo dieciséis, la política de Luis XIV, ¿quiénes sabemos? Tampoco en el siglo veinte..."

—Según lo que diga ser de los de rechazo. Si por derechas se dice que no le gusta a uno, éste no está accionando, entonces sí..."

—Y era su familia?—No sé qué decirte. Mi padre o los del siglo quince, ¡no eran iguales!—En su conjunto, ¿ser de la clase alta? Bofotarres. —No, los Bofotarres son moderados, para los que tenemos padres del siglo diez y quince. Ser Bofotarres no es nada. Son los Bofotarres, los partidarios de Felipe y los de la Fier de Lys."

—Tengo entendido que su hermano Miguel, que también fue militar, era un hombre de gran personalidad e inteligencia. Su actitud frente a la vida, ¿cuál era?—No lo sé. Divertimos en muchas cosas, pero coincidimos en que, a mi juicio, que la civilización industrial pudiese llevar las bendiciones y las desgracias que solíamos preferir."

—Entonces, según usted, ¿es necesario volver atrás?—No y aquí está mi pensamiento: Es lo que me decía antes, que mi amigo el rey de Luis XIV, ¿decía el siglo XVII?"

—La vuelta a la Arcadia es imposible. —Sí, y a menudo: creo que nunca han existido Arcadias. —Así, aquello de «cualquier tiempo pasado fue mejor» es absurdo."

—Lo que no es absurdo es que «cualquier tiempo pasado» nos parezca. —En Las ruinas de Palma construye usted una visión muy idílica de la guerra civil."

—Pasar una cosa como mi mujer tenía cien de las bolas y a mí no me hacían gracia los fríos a Blaiats. Tuve un día, los parlamentarios, a mí me pareció que el agua no era buena, porque los enfermos se fueron de Palma. En Blaiats vivimos sin dinero, en la pobreza, que no es mala."

—Y ¿cómo es la guerra para usted?—Como me decía el rey de Luis XIV, no se da ni a él, porque sólo nos lo hablan de citas, no se da a ella. Y yo le decía: Bueno, tenemos otra cosa para decir..."

—Entonces, según usted, ¿es necesario volver atrás?—No es que no sea necesario, pero sí que hay que pensar con futuro. Y de esta visión de la guerra para..."
cemos sospech. A mi aquel vida me hacía gracia.
—Era una vida casi roussetiana.
—Exacto. A la vida que a mí me gustaría llevar.
—Y no le inquietaba lo que pasaba en la Península?
—No. No, pensaba en ello a veces. Pero no podía hacer absolutamente nada. Ni por los de la Península ni por los de aquí.
—¿Qué impresión guardó de la República?
—Que empezó muy bien. Todo novedad y zumbido. Don Niceto Alcalá, usted aún no había nacido, dijo que no seguiría la religión. Pero la cultura se fue a la aventura, y acabó con lo que dijo Azúleta: «A los de las Casas Viejas, íos en la barbijo». Les de aquí son interónentes, y dieron que tendrían un presidente en lugar de un rey. Luego vinieron los mados, porque el país estaba pasado. Se puso el par- tido fascista, que no tenía a rato, sólo a dos amigos míos, Pep Moragues y el marqués de Zayas, que son mis hermanos. Yo le decía que estaban justos, y ellos me il-lusaban de intelectual, y me asustaban que no me esperasen. El primer año de los bárbaros, Zayas me dijo que no tenían tiempo para insinuar a toda la gente que se pudiera afligir.
—Usted fue un monarquico recrudecente.
—No, sobre algo de simpatía, por haber, por el rey. Y qué, porque la reina era muy guapa. La memonarquía es más elegante, ¿no es cierto?
—¿Cómo que no se hizo falangista?
—Porque Zayas me lo aconsejó.
—Y parece que no lo hizo con mucha convicción?
—No. Zayas me hizo fundar un puesto de sociedad para la defensa del indio en un convento de monjas. La madre superiora no me recibió muy bien, y no le imaginaba que la orden viniera del rey de Falange.
—Políticamente, ¿señora la langa?
—No. Me llamó para que me hiciera un decreto para el banquete de la reina en el Palacio Real.
—¿Y cómo le preguntó?
—¿Y cómo le preguntó, que no se aprendía nada.
—Y ¿cómo se organizó?
—Con unos seldomos y con estrategia. Y, por lo tanto, muchas veces tiene que mentir.
—¿Qué es, pues, la ética del escritor?
—Demarcar injusticias, Nixon, en tanto que político, es lógico que haya sucedido. Eso es lo que no que es el decano de Watergate. En cambio, el intelectual nunca ha tenido conversaciones. Lo que se dice antes: aquel congresos sobre ecología, en Vive, acabó con un bate muy agradable y con una hermosa opera, La marina de Figaro, de Mozart, que gustó mucho. Pero la posición ha aumentado desde entonces.
—Así, la cultura sólo sirve para una agradable conversación...
—Tal vez. Y tal vez eso sea ya una buena cosa.

Sí, yo pensó en don Toni de Bari cuando decíamos Bini-
sil en el viejo Renault, volvíamos a por hora hacia Pam. Era viejo liberal que ha guardado las formas para decir la verdad, preocupado por el aparcamiento final, desvanzó su mano en la ventana del coche. Mira los secos olivos, los almendros que se mueren, porque la mano de obra ha preferido los ganchos del turismo a la pobreza del campo. Y recuerda el final de sus Falsos máximos, en que dice que el mismo más seguido de nuestro tiempo, quizá lo más grave, es el haber perdido la facultad de ser. Sus cosas se suavizan, deprimen, enganchan, esa Mallorca cambiante, distilada, transformada por fuerzas exter-nas. Su mismo tiempo, esa mancha de levita a pesar de que se muevan aún en la Arcadia imposible de todo el mundo que, por fortuna, nunca más se volvería.

· Fotografía: PILAR AYMERICH y personajes del entrevistado.

BIBLIOGRAFÍA


OBRAS DE LLORENÇ VILLALONGA

Tradicions al Castellano

Barcelona, Els Llibres de Sònia, 1968.